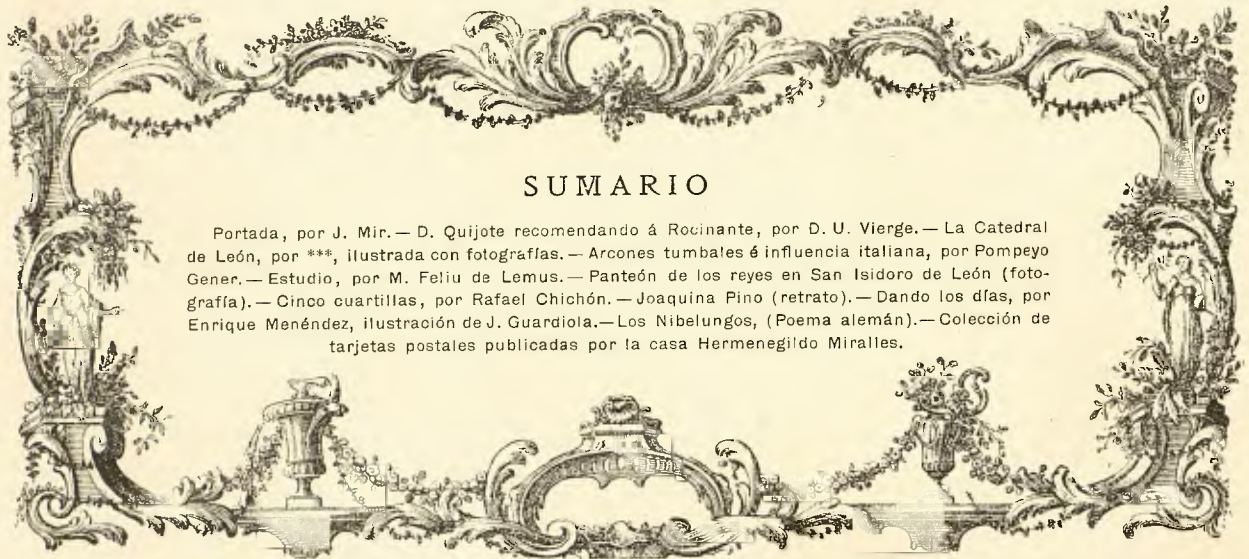


HISPANIA





SUMARIO

Portada, por J. Mir.— D. Quijote recomendando á Rocinante, por D. U. Vierge.— La Catedral de León, por ***, ilustrada con fotografías.— Arcones tumbales é influencia italiana, por Pompeyo Gener.— Estudio, por M. Feliu de Lemus.— Panteón de los reyes en San Isidoro de León (fotografía).— Cinco cuartillas, por Rafael Chichón.— Joaquina Pino (retrato).— Dando los días, por Enrique Menéndez, ilustración de J. Guardiola.— Los Nibelungos, (Poema alemán).— Colección de tarjetas postales publicadas por la casa Hermenegildo Miralles.



DANIEL U. VIERGE.—D. QUIJOTE RECOMENDANDO Á ROCINANTE

La Catedral de León

León, la antigua capital donde tuvieron su corte tantos y tan esclarecidos monarcas cuyos hechos gloriosos perpetúa la Historia, ha celebrado recientemente un acto importantísimo, de esos que dejan imborrable huella en los anales de un pueblo. Su célebre Catedral, fundada según algunos por Ordoño II y según otros (los más y sin duda los mejor informados) por el obispo Manrique de Lara hacia el año 1200 y cerrada para el culto desde mediados del siglo pasado, en que se la declaró en estado de inminente ruína, ha abierto de nuevo sus puertas, convidando á los fieles á entrar en su sagrado recinto para levantar hasta Dios sus almas... Bajo sus soberbias bóvedas ojivales vuelve ya á resonar el grave acento de los sacerdotes, al lanzar al espacio las severas y sugestivas notas de los cantos litúrgicos... Los góticos ventanales, por cuyos huecos colábase libremente el sol, se han visto de nuevo sirviendo de marco á artísticas vidrieras de colores, que, interceptando el paso á la luz, bañan el interior del templo con misteriosos y suaves matices.

¡ Hermoso espectáculo el de la restauración de la catedral leonesa!... Hermoso y digno de un pueblo que, á su respeto por sus venerandas tradiciones, une un considerable amor al arte de sus antepasados, del cual son una gallarda muestra los atrevidos arcos, las elegantes columnas, las esbeltas torres que dirigen al cielo sus afiladas puntas y que son las principales galas que adornan el grandioso monumento.

De carácter esencialmente gótico, la fábrica de este es toda de sillería. Su planta está formada por una figura irregular, compuesta de otras regulares, como lo son el cuerpo principal de la iglesia, la sacristía, el claustro y otras dependencias... La nave, el crucero y el presbiterio, forman una cruz latina; las hermosas bóvedas de arista, se apoyan sobre elegantes arcos apuntados, sostenidos por ligeras columnas de una gran esbeltez. Al pie de la nave mayor y á los extremos de los cruceros, llaman poderosamente la atención dos grandiosas ventanas circulares, emplazadas respectivamente en el pie y brazo Norte, y una angular en el brazo Sud, caladas en piedra y sirviendo de marco á artísticas vidrieras de colores. En las interpilastros y debajo de las cimbras de las bóvedas de arista, hay también grandiosas ventanas, que abarcan el diámetro y la altura de los lunetos.

Rodeando la susodicha cruz latina, corre una nave que forma las dos laterales, uniéndose detrás del presbiterio.

El aspecto en conjunto de la catedral de León, es comparable al que presentan las tan renombradas de Ruán y Amiens, rivalizando con ellas por la pureza de su estilo y por la elegancia que campea en todos los detalles de su rica ornamentación.

Ni la sublime severidad de la catedral de Barcelona,

con el sorprendente efecto de perspectiva debido á la sabia distribución de sus macizas columnas; ni la sobriedad de la grandiosa nave que hacen de la de Gerona uno de los más notables templos de España, se observan en la de León. En cambio su riqueza de decorado, su prodigalidad y diversidad de ornamentos, transportan al que la contempla á las regiones de Alemania y del Norte de Francia, donde con tanto esplendor floreció el arte gótico, al que, como hemos dicho, pertenece tan suntuoso templo.

* * *

Con todo, las épocas que han sucedido á la de su construcción, han dejado en él visibles señales de su paso, como podrá comprobar el lector por las fotografías que reproducimos y especialmente por la del fragmento del trascoro.

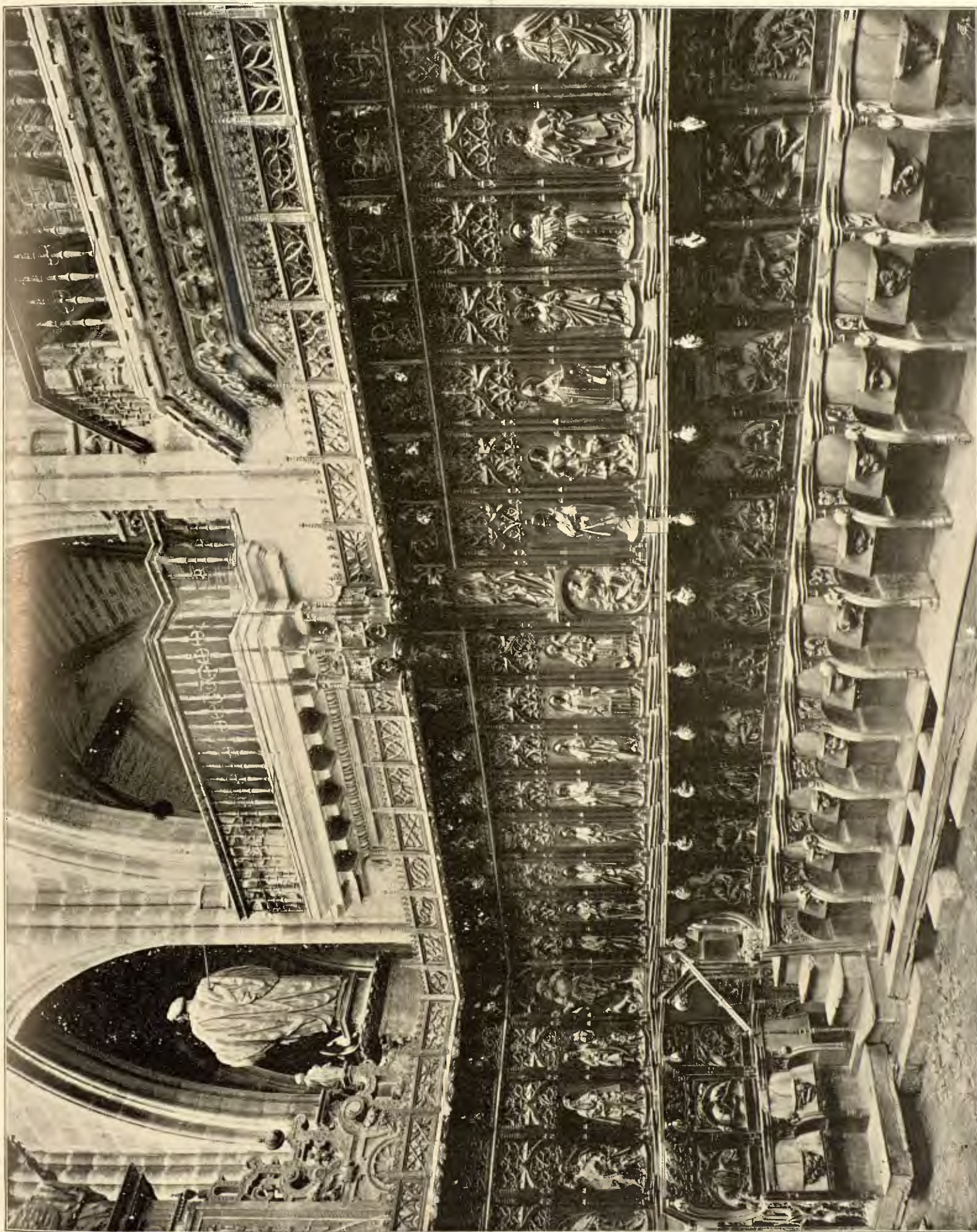
Su minucioso estilo plateresco y el brillo de sus dorados, contrastan notablemente con la arquitectura dominante en la Catedral y con la semi-obscuridad que le rodea.

Si bien la parte exterior del coro difiere del estilo predominante en el templo, la interior está en perfecta armonía con él. Como en la mayoría de nuestras Catedrales, ocupa gran parte de la nave central y ostenta la notable sillería cuya reproducción publicamos y cuya construcción data del último tercio del siglo XV, pues consta que en 1468 el obispo de León don Antonio de Veneris, impetró las bulas para subvenir á su coste y que se trabajaba en ella en el año de 1481.

En los respaldos de las sillas bajas, pueden verse, tallados con gran esmero, un sinnúmero de bustos en relieve representando personajes del Antiguo Testamento. En los de las altas, vense en cambio de cuerpo entero las figuras de los apóstoles y de muchos santos, encerradas en arquitos con arabescos y cobijadas por calados guardapolvos. Sostenida por ligeras ménsulas,



FRAGMENTO DEL TRASCORO DE LA CATEDRAL DE LEÓN



SILLERÍA DEL CORO DE LA CATEDRAL DE LEÓN



sirve de remate á las sillas altas una elegante crestería de ojivales calados.

El primor con que están ejecutados todos los trabajos de tan preciosa sillería, hacen de ella uno de los más apreciables ejemplares que existen en España dentro de su género.

Lo mismo puede afirmarse respecto al tímpano de la puerta central, que también reproducimos, aunque solo en parte. Sus esculturas representan el Juicio Final. En la parte superior aparece Jesús sentado en su trono con los brazos abiertos y en actitud de mostrar las llagas producidas por los clavos al ser puesto en la cruz. A cada uno de sus lados figuran dos ángeles en pie, sosteniendo los instrumentos de la Pasión y en los extremos hay dos figuras de rodillas: la Virgen y el Apóstol San Juan.

En la parte inferior, como podrán apreciar nuestros lectores, se ven excelentes figuritas representando las unas ángeles y bienaventurados, las otras demonios que atizan con fuelles el fuego que arde bajo una caldera donde zambullen á los condenados, después de ser pesadas sus culpas por el arcángel San Miguel, cuya figura aparece hacia el centro del tímpano sosteniendo las consabidas balanzas.

Del efecto que produce el templo en su parte exterior, se tendrá una ligera muestra contemplando la vista del ábside.

Como dice Quadrado, por cualquier parte que se contemple tan preciosa basilica, aparece el cruzamiento de arbotantes y el airoso agrupamiento de pináculos y botareles. Por la parte trasera agrúpanse los ábsides de las capillas del trasaltar con sus ventanas y con el calado antepecho que las corona, produciendo un efecto verdaderamente original y hermoso.

* * *

La restauración de tan preciado monumento, uno de los más importantes de España, ha sido llevada á cabo con singular acierto,... con el suficiente para que los fragmentos acabados de construir no se distingan al primer golpe de vista de los que habían quedado en pie, más que por el color de sus materiales, nuevos los unos y cubiertos los otros por la patina del tiempo, que da á los monumentos de épocas pasadas aquel

tinte de oro viejo tan subyugador para el arqueólogo y para el artista. ¡Qué lástima que no hayan podido bañarse con tan precioso tinte los lienzos de muro, los arcos y las columnas que se acaban de construir! Pero eso es obra de los años. Ellos son los que han de concluir la obra con tanta fe emprendida y con tanto éxito ejecutada.

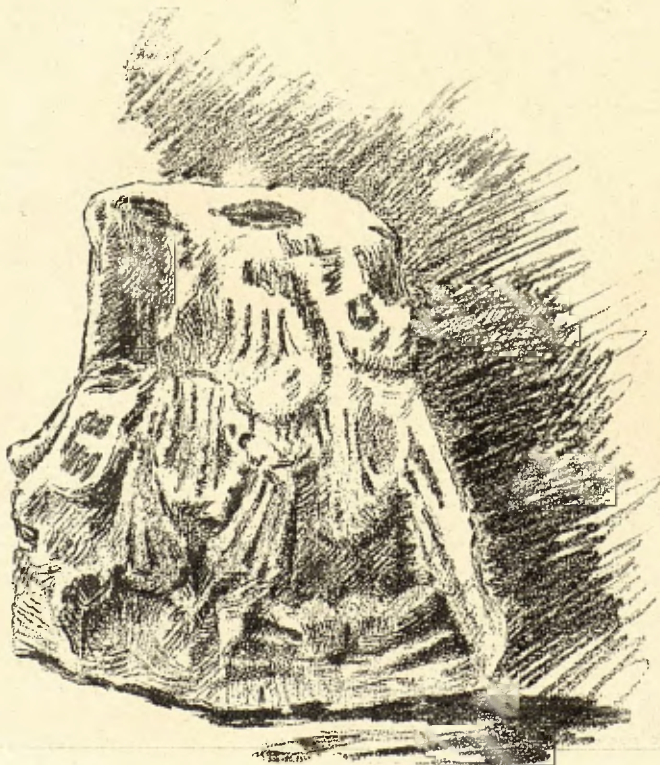
Quiera Dios que pasen muchos sin que contratiempos inesperados turben la vida tranquila de aquel templo, teatro en diversas ocasiones de lamentables accidentes, como son el hundimiento de la bóveda del crucero, ocurrido en 1631 y el derrumbamiento, que tuvo lugar en 1743, de gran parte de las bóvedas bajas.

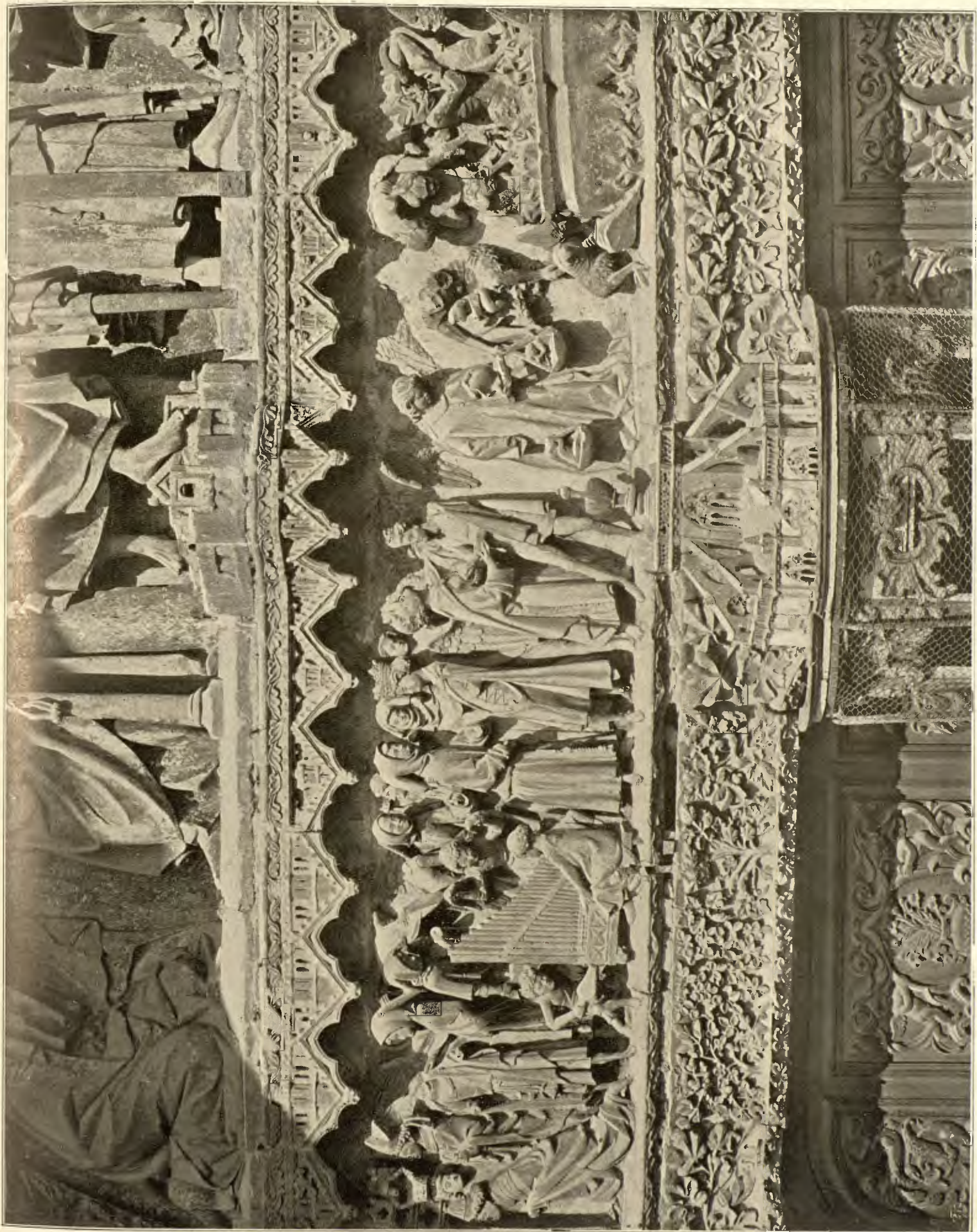
Por fortuna, las obras de restauración, llevadas á cabo durante cinco años bajo la dirección de inteligentes arquitectos, parecen lo bastante sólidas para que no hayan de temerse (cuando menos en muchos años) nuevos desastres.

En estos tiempos de apatía para todo cuanto se relaciona con el arte, la restauración de la Catedral leonesa es un acontecimiento colosal, digno de ser perpetuado en letras de oro y de ser imitado por cuantos pueblos ven con criminal indiferencia desmoronarse templos que constituyen verdaderos monumentos artísticos, religiosos é históricos.

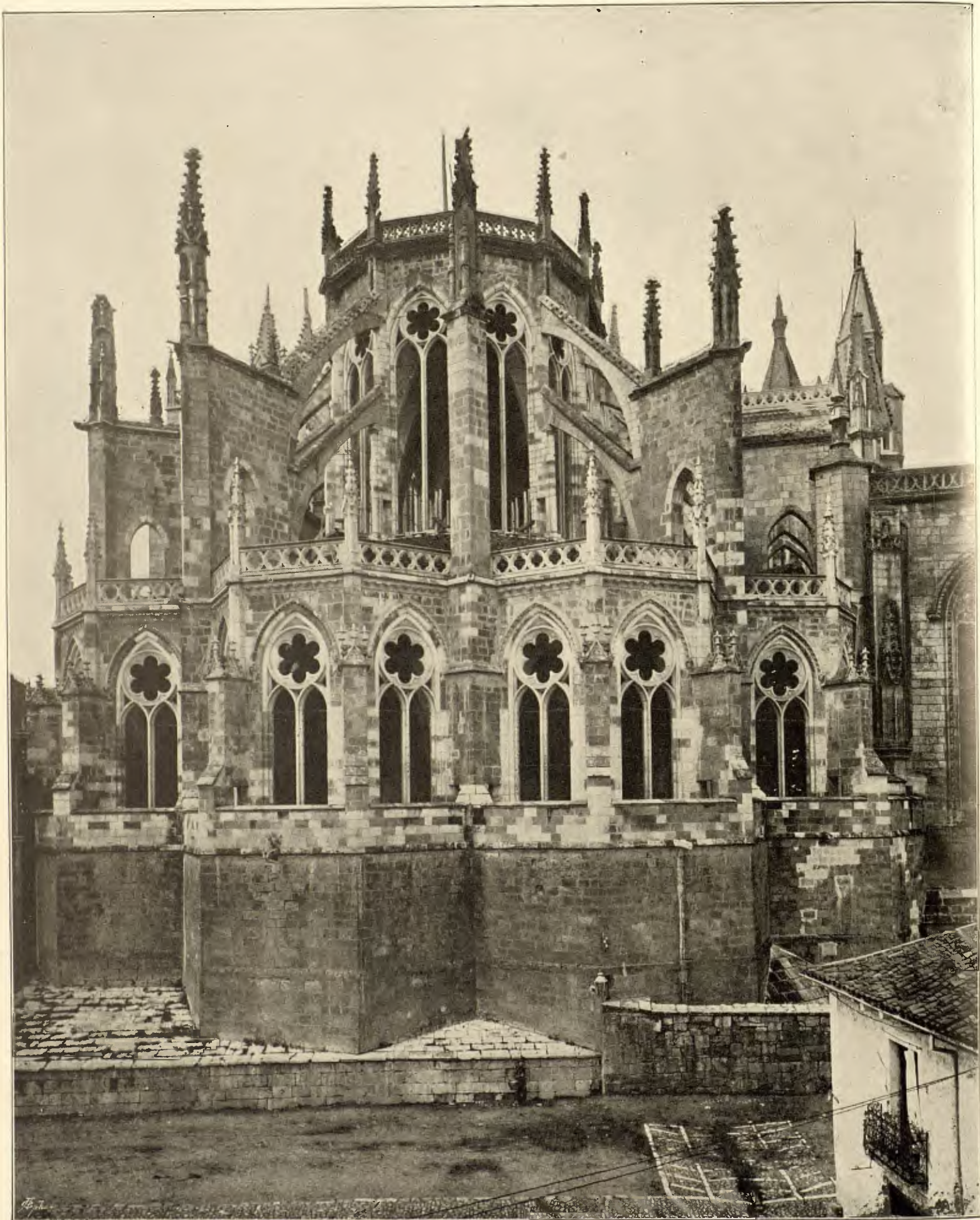
Por eso, así como en Cataluña conservamos y conservaremos siempre el grato recuerdo del gran obispo Morgades, restaurador de la basilica de Ripoll, los leoneses deben veneración perdurable al ilustre prelado de aquella diócesis que, con el llamamiento que hizo en 1876, dió al proyecto que acaba de convertirse en realidad el impulso que necesitaba para ser llevado á feliz término.

* * *





TÍMPANO DE LA PUERTA CENTRAL DE LA CATEDRAL DE LEÓN



ÁBSIDE DE LA CATEDRAL DE LEÓN



Arcón tumbal español, de influencia italiana, de fines del siglo XVI.—De la colección del Dr. D. José Viñeta-Beliaserra

Los Muebles españoles en los siglos XVI y XVII

Arcones tumbales é influencia italiana

Lo que se conoce con el nombre de Renacimiento, fué una revolución tan radical, que transformó las ideas y las costumbres, llegando la transformación hasta á los trajes y al mobiliario. Con la resurrección del Paganismo, ó lo que es igual, de la Antigüedad clásica Griega y Romana, reivindicase la personalidad del Hombre. Ya se deseó franca y plenamente la Vida sobre este suelo, y, sobre todo, una vida digna y exuberante. El arte alcanzó su mayor esplendor.

Como consecuencia de la plenitud de la Vida, vino el buen gusto y el lujo. La Naturaleza en toda su magnificencia sirvió de modelo á los artistas, lo mismo para sus cuadros que para las decoraciones de los interiores, ó para el mobiliario.

Copióse directamente del desnudo. Las formas robustas del hombre, las hermosas y mórbidas de la mujer en su edad más esplendente, lo mismo que las graciosas y redondeadas de los niños, fueron objeto de especial observación y de copia. Enlazadas ó combinadas con formas de aves, de peces, de leones ó de otros animales, con hojas, flores y frutos, prestaron tema á la fantasía de los artistas decoradores, para embellecer el mobiliario y decorar la casa. Se resucitaron las antiguas formas de la arquitectura, y de los muebles, sólo en parte; por lo regular siguiéronse sólo las lineaciones generales, modificadas muchas veces, recargándose los muebles y la arquitectura de adornos, que por su riqueza y exuberancia llegaron á hacer perder

el carácter del material en que estaban tallados. Toda una fauna y una flora fantásticas brotaban de la piedra, de la madera, del bronce y del hierro, llegando á presentarnos como vivientes aquellos materiales inanimados.

No entraremos á relatar, apropósito del mobiliario, los orígenes del Renacimiento, que en Italia, como en Cataluña, se remontan á la segunda mitad de la Edad Media. Sólo diremos que en España se desarrolló con el Emperador Carlos V, el cual nos trajo en lo que al mobiliario, á la casa y al traje atañe, un Renacimiento italiano con influencias germánicas de la corte de Maximiliano, acentuándose pronto el carácter italiano, ó sea mediterráneo, y desapareciendo el germánico, y bien presto modificándose el italiano en la parte de la península que va del Ebro á Cádiz, para dar paso al carácter español, más severo, pero más pobre, con alguna influencia morisca.

* * *

Por lo que toca á los muebles, los primeros que los tallaron y esculpieron en esa forma exuberante, fueron los italianos. Los más renombrados escultores no desdeñaron el emplearse en obras de talla destinadas á arquillas, camas, arcones, etc. Entre los que labraron las figuras que aun hoy admiramos en los muebles que contienen los museos y las colecciones particulares, podemos citar á Donatello, Rossellino, Cannosi, Moranzone, Fra Giovan.



M. FELIU DE LEMUS.—ESTUDIO

ni di Verona y Fra Sebastiano di Rovigo, etc.

Estos especialmente se dedicaron, cuando á la decoración de muebles emplearon su incomparable genio, en la talla de esculturas para arcones monumentales, que en Italia afectaban la forma de sepulcros, por lo que son conocidos con el nombre de *arcones tumbales*. Estos arcones acostumbran á tener la altura de un metro ó más. Afectan frecuentemente la forma de urna, siendo más anchos de arriba que de abajo, apoyándose en un basamento muy ornamentado, ó sobre pies de león, patas de águila ó animales fantásticos.

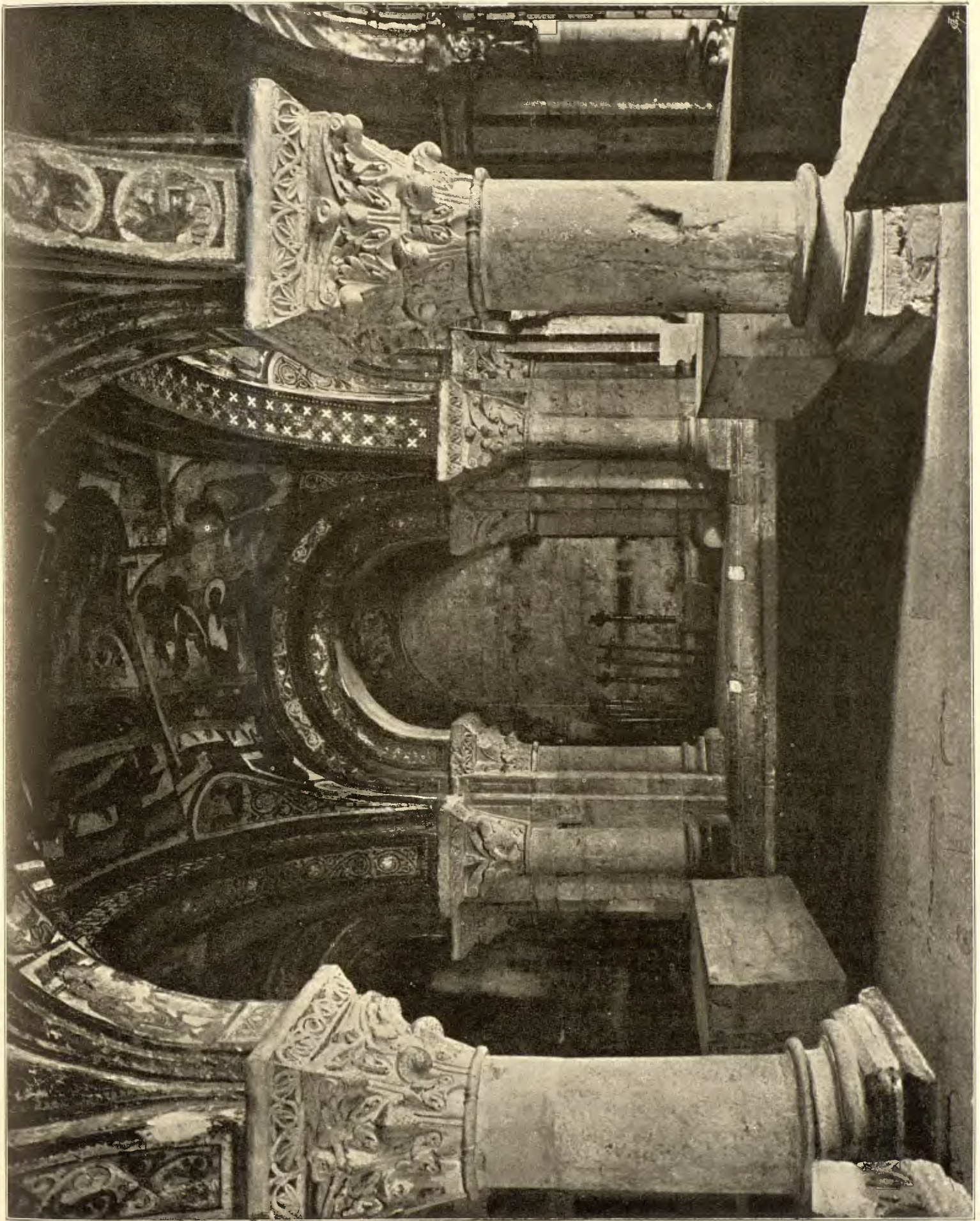
En los ángulos acostumbran á tener cariátides, representando niñas, sátiros, faunos, quimeras, ángeles ó simplemente mujeres desnudas. La tapa, por lo regular, es abiselada y decorada con esculturas puramente ornamentales. En la fachada de la caja hay esculpidas escenas mitológicas ó de guerra, ó simplemente figuras decorativas, con coronas, lemas, escudos ó las armas del dueño.

Por su altura y por su forma, especialmente por la forma de su tapa, dichos arcones tumbales son impropios para sentarse en ellos, como se hacía con las arcas y arcones genuinamente españoles.

Al entrar en España esta moda, adoptáronla primeramente en Mallorca y demás Baleares, pasando enseguida á Cataluña y á Valencia.

Al pasar al resto de la península su forma vuélvese rectangular, y los adornos disminuyen en riqueza, mas no en buen gusto, recordando perfectamente el renacimiento italiano de que proceden, durante todo el siglo xvi. En especial esos arcones eran destinados á contener ropa, y casi siempre se daban á las novias, llenos de trajes y ropa blanca, el día de la boda, formando parte de su dote.

POMPEYO GENER



PANTEÓN DE LOS REYES EN SAN ISIDORO DE LEÓN

CINCO CUARTILLAS

Ni una más, ni una menos, debo escribir.

Cuatro, no compondrían artículo á la *dernière*: en todo caso, servirían para mejor *estivar* un *cliché* y *formar plana*; seis, constituirían *lata*: ¿quien lee un tal mazacote de prosa? Nadie; por que nadie lee por el placer de leer, por el gusto ó por la necesidad de ilustrarse, ni siquiera de instruirse; si sólo, por pasar el tiempo, no mucho tiempo, pues esta primera materia de la vida, como todas las primeras materias de la industria humana, escasea hoy y no debe malgastarse leyendo *vaga y amena literatura*.

Hay, pues, que *comprimirse*, escribir corto y ramplo namente, porque si se atilda el eslilo y se limpia el lenguaje, tras de correr el riesgo de no ser entendido, ni, por tanto, estimado, es seguro que te tendrán por arcáico y presuntuoso.

In illo tempore, placía una disertación literaria, por extensa que fuere, siempre que el asunto tuviera enjundia y en la forma brillaran los donaires y gallardías del castellano neto, escogido y adecuado. Hoy, el gusto predominante es bien distinto y muy otras las necesidades del espíritu. Éste, agoviado por la complejidad de la vida y el afán de vivirla en todos sus aspectos, no puede detenerse en uno solo de ellos y menos en el que juzga de orden secundario: el de solazarlo con la lectura de áticos prosistas ó inspirados poetas, con la audición de músicas sublimes ó con la espectación de comedias y dramas que le diviertan de sus graves pensamientos ó de los enojosos cuidados de la vida.

Así, es necesario que el literato no lo sea y escriba el lenguaje que se habla en el casino, en el café ó en la taberna, si pretende ser leído por el público que paga y ser pagado por el editor que cobra del público. El poeta, debe arrinconar la lira y descolgar la vihuela, mandar enhoramala el canto épico y la oda grandilocuente y cultivar el romance picaresco y la copla satírica. El músico, dejarse de arias y de sinfonías y componer música ligera, acomodándola á *couplets* gedeonianos ó á tonadillas villanescas callejeras; y el actor, desundarse la trusa ó la levita, para vestir el chulesco marsellés ó la burguesa americana. Y todo ello, breve, corto, que se lea ó se oiga ó se vea pronto.

Para escribir un artículo que ha de publicarse en

una revista literaria y artística ¿cuál será mejor asunto? ¿Trataré la descripción de tipos ó de costumbres? ¿Haré crítica literaria? ¿Escribiré una monografía bibliográfica ó histórica? ¿Algo sobre filología, sobre viajes, sobre...

¡Al diablo con toda esa monserga!

Todo ello es *lata*, *lata* y *lata*.

Los tipos, lo mismo que las costumbres, así las buenas como las malas, las antiguas como las modernas, están ya más que descritas, bosquejadas y pintadas al óleo, al temple y al pastel; es asunto *trillado*, manoseado y que no interesa á nadie: los tipos, por que todos nos conocemos y las costumbres, por que basta con que cada cual tenga las suyas, y no es discreto escudriñar y sacar á plaza las ajenas.

La crítica literaria, sólo despierta interés en los criticados y son ya no pocos los aristarcos que se ocupan en tan grave ejercicio literario. Además: el lector de hoy, se basta por si solo para formar juicio y depurar su gusto acerca de todas las producciones del ingenio humano.

Las monografías bibliográficas ó históricas, son de suyo empalagantes y soporíferas y tienen de contra la necesidad de ser tratadas extensamente.

¿Filologías? Sería desvariar, el pretender retener la atención del lector con elucubraciones acerca de las leyes etimológicas, gramaticales, históricas y lexicológicas de nuestra lengua. Aquí sólo conviene el estudio de las leyes del sello y timbre del Estado y de las contribuciones territorial ó industrial, con el exclusivo objeto de burlarlas ó falsearlas.

Y en cuanto á viajes, sería tarea estéril escribir una palotada. Desde que se han inventado los trenes *botijo*, viaja todo bicho viviente; y, por si esto no fuera bastante, especuladores avisados transportan hasta la misma puerta de nuestra casa, ora una pagoda india, ora un *Kraal* africano, con autenticidad tanta, que convence y aún regocija á los más taimados y suspicaces.

¡El cuento, el cuento y sólo el cuento es el asunto por excelencia!

El cuento se impone, mejor dicho, se ha impuesto y seguirá imponiéndose por mucho tiempo. No hay otro campo literario de cultivo, no existe otra forma de expresión del pensamiento y del sentimiento que

le aventaje. El cuento, si no enriquece, trae al escritor la gloria y hasta lo lleva á la Academia.

Los escritores, trocados — merced á la imposición del gusto del *respectable público* — en vejetes parlanchines, ataridos por la escarcha reinante en el ambiente literario que nos circunda, acurrucados frente á la pública, colosal chimenea, cuyas brasas, á modo de chispas eléctricas encerradas en bombillas de sutil cristal, son impotentes á desentumecer á esta generación frívola que los rodea, han de pasarse la vida en eterna velada invernal contando cuentos tras cuentos, no importa cuáles, pues hasta los de la *buena pipa*, encantan y regocijan.

He, pues, de pagar tributo al gusto del día y contar cuentos. Empero ¿dónde están los cuentos, es decir, la imaginación, la fantasía que los engendra? Pues qué: ¿es cosa baladí esta de imaginar un asunto dramático ó cómico, que mueva á risa ó á compasión el ánimo del lector? ¿Es tarea tan fácil y hacedera el describir lugares y personas, trabarlos y enredarlos hasta lograr una acción de interés culminante y todo ello sazonarlo con primores retóricos, encerrarlo en doscientas líneas é imprimirle el sello de la originalidad?

Cuentos de viejas, de mayores y de cortijeros, abundan que es una bendición de Dios; mas, ¿cuántos de ellos son dignos de la forma literaria y de su divulgación por la prensa?

Sólo recuerdo en este momento el de *El Corregidor y la Molinera* — que tiene su narrador en cada cortijo de Andalucía — transportado á las páginas imperecederas de *El Sombrero de Tres Picos*, por el inmortal Alarcón. Pero esta es una mosca blanca que no ha dejado prole — que yo sepa

A pesar de los pesares, pese á mi esmirriada inventiva, he de escribir cuentos, para complacer á público y editores.

Ya tengo uno y comienzo:

Pues señor...

Pero observo que he llegado al final de la quinta cuartilla y que, cinco, sólo *cinco cuartillas*, ni una más, ni una menos, debo escribir.



RAFAEL CHICHÓN

JOAQUINA PINO



DANDO LOS DÍAS

Quiero en tu día regalarte flores;
mas porque digan con tu genio bien,
desdeñando del parque los primores,
las más humildes para ti busqué.

Tú amas el campo libre; lo que crea
Dios, que hizo el prado, pero no el jardín:
por eso entre las mieses de tu aldea
corté esas margaritas para tí.

Habia tantas esperando el beso,
esta mañana, del naciente sol,
que de los ojos eran embeleso,
risas del prado y bendición de Dios.

Al alba las cogí. Risueño el día,
flores y versos engendró á la par:
mientras las margaritas recogía
iba yo componiéndote un cantar.

Rimas que salven el traidor olvido,
fáciles coplas, llenas de pasión,
que se queden asidas al oído
como zarcillos que colgó el amor.

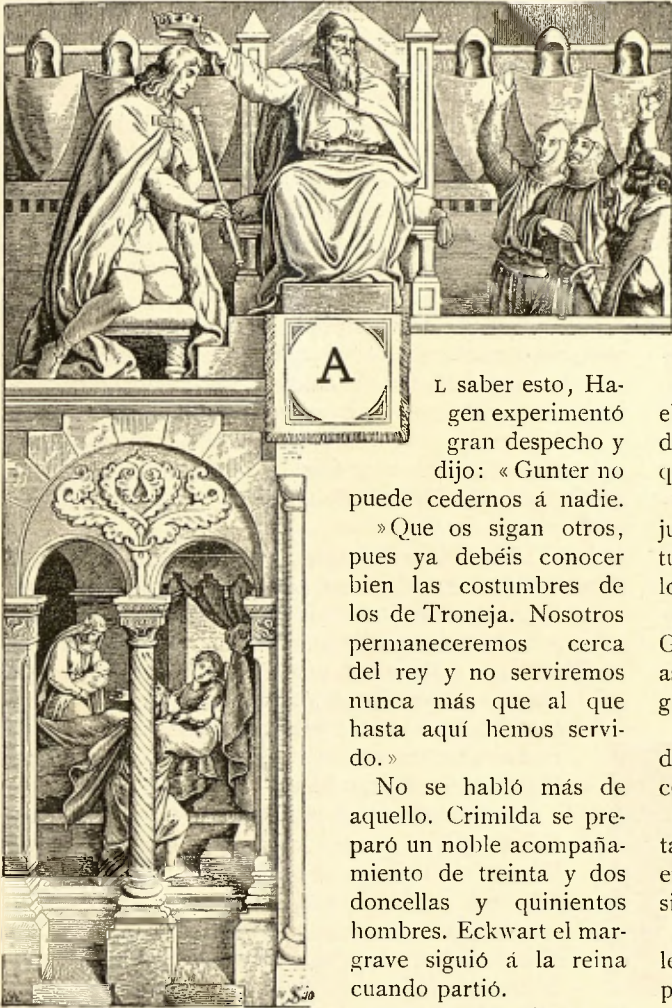
Yo sé bien que en llegando —¿á qué más gloria?—
las flores en tu seno has de prender,
los versos que te mando en la memoria,
y mi amor en el fondo de tu sér.

Enrique Menéndez

Gardi
ela
1900

LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)



A saber esto, Hagen experimentó gran despecho y dijo: «Gunter no puede cedernos á nadie.

»Que os sigan otros, pues ya debéis conocer bien las costumbres de los de Troneja. Nosotros permaneceremos cerca del rey y no serviremos nunca más que al que hasta aquí hemos servido.»

No se habló más de aquello. Crimilda se preparó un noble acompañamiento de treinta y dos doncellas y quinientos hombres. Eckwart el margrave siguió á la reina cuando partió.

Sus más próximos parientes, los acompañaron buen trecho de camino. Al rey Sigemundo le fueron enviados mensajeros, para que él y la señora Sigelinda pudieran saber que iba su hijo con la hija de Uta, la hermosa Crimilda de Worms sobre el Rhin. Nunca habían recibido noticia tan agradable.

«Dichoso me siento» dijo Sigemundo, «por haber vivido hasta el día en que la hermosa Crimilda lleve la corona entre nosotros! Aun quiero que mi heredero quede más honrado: quiero que mi hijo Sigfrido sea también rey.»

La señora Sigelinda dió al mensajero un traje de terciopelo color escarlata y un gran puñado de plata y oro: este fué el precio de su mensaje.

Le dijeron los que venían al país con Sigfrido, é hizo preparar asientos por donde debía pasar ante sus vasallos, puesta la corona. Los guerreros de Sigemundo salieron á su encuentro.

No he sabido que nunca una persona fuera mejor recibida que lo fueron aquellos héroes en el país de Sigemundo. Su madre Sigelinda salió al encuentro de Crimilda con muchas hermosas mujeres y muchos valerosos caballeros.

Lo que dura un día de marcha, se tardó hasta llegar á donde estaban los extranjeros. Los naturales del país, y los extraños habían sufrido muchas incomodidades antes de llegar á una gran ciudad llamada Xanten, donde con el tiempo fué coronado.

Con agradable sonrisa Sigemundo y Sigelinda besaron muchas veces á la hija de Uta y al héroe Sigfrido; todos sus cuidados habían desaparecido. Los que venían en su acompañamiento, fueron muy bien recibidos.

Aunque era de todos conocido el lujo desplegado en la orilla del Rhin para las bodas, dieron allí á los guerreros vestidos más ricos que todos los que hasta entonces habían llevado. Maravillas podrían contarse de su gran riqueza.

Así dirigió la palabra á sus amigos: «Á todos mis parientes que se hallan aquí, anuncio que en presencia de estos guerreros, Sigfrido va á ceñir mi corona.»

Se le dió con la corona la administración de justicia y el reino, haciéndole señor y rey. Cuando tenía que decidir de lo que á cada uno tocaba, lo hacía con tanta equidad, que mucho se hacía temer el esposo de la bella Crimilda.

En tan elevado honor vivió durante diez años que hizo justicia con la corona ceñida. En tanto la hermosa reina tuvo un hijo de lo que resultó gran satisfacción para todos los parientes del rey.

Se apresuraron á bautizarlo, poniéndole por nombre Gunter como á su tío; no debía avergonzarse de llamarse así. Feliz é si se le llegaba á asemejar; lo educaron con gran cuidado como tenía que suceder.

Por aquel tiempo murió la señora Sigelinda; la autoridad en el país fué entonces de la noble hija de Uta, como convenía á reina tan poderosa.

También en las orillas del Rhin, según hemos oído contar, la hermosa Brunequilda dió un hijo al rico Gunter en el país de los Borgoñones. Por el amor al héroe le pusieron por nombre Sigfrido.

¡Con gran cuidado lo atendían! El poderoso Gunter le dió un preceptor que debía inculcarle todas las virtudes para cuando fuera hombre. ¡Oh! desde entonces la adversidad le hizo perder muchos amigos.

Constantemente se oía hablar de la vida feliz que los guerreros tenían en el país de Sigemundo. Pero bien sabido tenemos que de igual modo vivía Gunter con los suyos.

XII

DE COMO GUNTER CONVIDÓ Á SIGFRIDO Á SU CORTE

Así pensaba todos los días la reina Brunequilda: «Muy activa se manifiesta siempre la señora Crimilda! Su esposo Sigfrido, es vasallo nuestro: mucho tiempo hace que no ha venido á prestarnos homenaje.»

Esto lo tenía en el corazón, aunque guardaba silencio; para ella era gran pena que permanecieran ausentes tanto tiempo, y hubiera querido saber por que los príncipes no iban á su país.

Preguntó al rey si no le sería posible volver á ver á Crimilda; le habló en secreto de lo que pensaba, pero al rey no le pareció bien lo que su mujer le decía.

«¿Cómo los haríamos venir hasta este país?» preguntó el rey: «esto me parece imposible. Ellos reinan muy lejos de aquí y no me atrevo á invitarlos.» Brunequilda le contestó con grande arrogancia:

«Aunque fuera más rico y más valiente, como vasallo

del rey debe ejecutar lo que su señor le mande.» En tanto que decía esto, Gunter sonreía. Nunca se hubiera atrevido á reclamar servicio de Sigfrido.

Ella continuó: «Amado señor, para agradarme haced venir hasta aquí á Sigfrido con vuestra hermana para que pueda volverlos á ver. Nada de la tierra podría serme tan agradable.»

Tanto tiempo se lo rogó, que al fin le dijo el rey: «Á ningunos huéspedes veré con tan grande alegría. No debes suplicarme más: voy á enviarles mis mensajeros.»

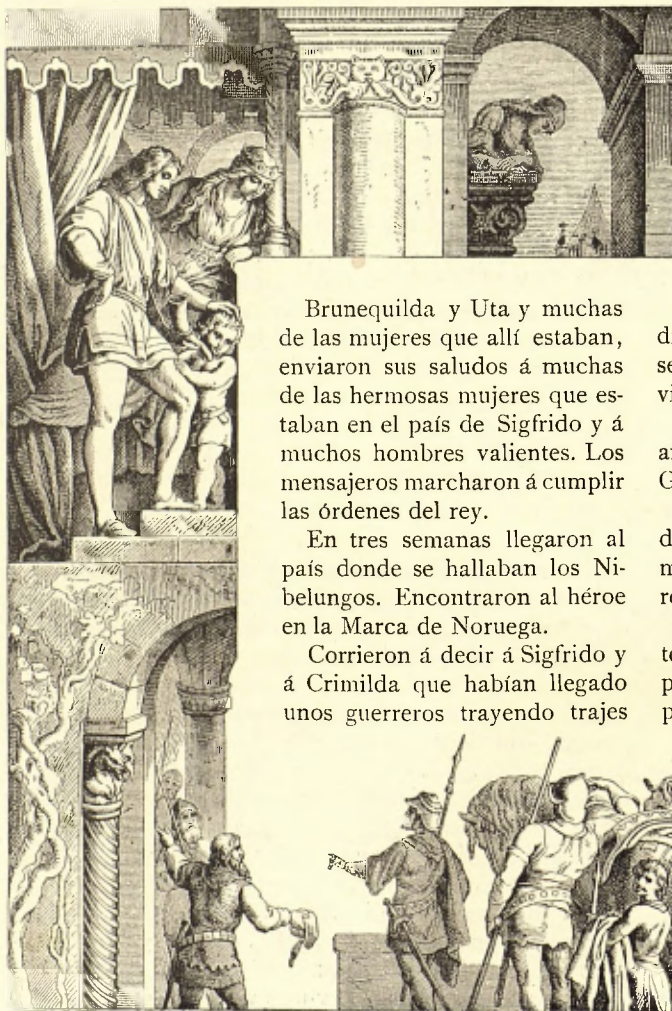
Así le contestó la joven reina: «Házme saber á quien vas á enviarles y cuantos días tardarán en llegar nuestros queridos amigos. Quiero que me digas cuales son los mensajes que les vas á enviar.»

«Lo haré» contestó el rey. «Enviaré á treinta de mis hombres.» Los hizo llamar luego y les ordenó llevaran el mensaje al país de Sigfrido. En su alegría, la señora Brunequilda les regaló muchos vestidos.

El rey les dijo: «Guerreros míos, decidles en mi nombre al fuerte Sigfrido y á mi hermana, que los invito á que vengan aquí y decidles que nada en el mundo me será tan grato como verlos.

» Procurad decidirlos á que ambos vengan á las orillas del Rhin: yo y Brunequilda les quedaremos agradecidos para siempre. Antes de que llegue el estío habrá aquí muchos hombres para que á él y á los suyos les hagan honor.

» Llevad también mis cumplimientos al rey Sigemundo y decidle que yo y mis parientes le estamos siempre agradecidos; á mi hermana le diréis que no deje de venir á ver á sus amigos; nunca se encontrará en mejor fiesta.»



Brunequilda y Uta y muchas de las mujeres que allí estaban, enviaron sus saludos á muchas de las hermosas mujeres que estaban en el país de Sigfrido y á muchos hombres valientes. Los mensajeros marcharon á cumplir las órdenes del rey.

En tres semanas llegaron al país donde se hallaban los Nibelungos. Encontraron al héroe en la Marca de Noruega.

Corrieron á decir á Sigfrido y á Crimilda que habían llegado unos guerreros trayendo trajes

como los que se usaban en el país de los Borgoñones. Al escuchar esto, la reina saltó del lecho en que reposaba.

Mandó á una de sus damas que se asomara á una ventana: ella vió desde allí al fuerte Gere en medio del patio, seguido de los compañeros que habían ido con él. Después de tan gran pena ¡cuál sería la alegría de su corazón!

Así le dijo al rey: «¿Veis á los que han llegado á la corte con el bravo Gere, enviados por mi hermano Gunter desde las orillas del Rhin?» El fuerte Sigfrido le contestó: «Que sean muy bien venidos.»

Dieron alojamientos á Gere y á los que le habían acompañado y cuidaron de sus caballos. Después los mensajeros fueron á donde estaban el señor Sigfrido y Crimilda.

El jefe y su esposa los saludaron con la mano. Muy bien recibidos fueron el Borgoñon, sus compañeros de armas y los hombres del rey Gunter. Rogaron al margrave Gere que ocupara un asiento.

«Permitid que demos nuestro mensaje antes de sentarnos; es conveniente que los extranjeros permanezcan de pie á pesar de la fatiga del camino: os diremos lo que nos han encargado Gunter y Brunequilda, que se hallan bien.

» Lo mismo sucede á la señora Uta vuestra madre, al joven Geiselher y al señor Gernot y á todos los demás parientes que nos han enviado aquí, y os envían sus saludos desde el país de Borgoña.»

«Que Dios se lo recompense» contestó Sigfrido: «tengo gran confianza en su afección y fidelidad como en la de un amigo. Así lo hace también su hermana; ahora haznos saber ¿cómo pasan la vida nuestros queridos parientes?»

«Desde que nos hemos venido de allí ¿ha molestado alguien alguna vez á los hermanos de mi mujer? Contéstame á esto. Quiero ayudarles siempre fielmente á rechazar todo ataque, y sus enemigos temblarán ante mis hazañas.»

Así le contestó el margrave Gere, el buen caballero: «Todos están en virtud, gloria y honor. Ellos os invitan para una fiesta en el Rhin; no dudéis de que os verán con gran placer.

» Ruegan que vayáis con vuestra esposa, cuando el invierno termine, pues desean veros antes de que llegue el verano.» El fuerte Sigfrido le contestó: «Muy difícil es que lo podamos hacer.»

Pero Gere del país de Borgoña le dijo: «Vuestra madre Uta con Gernot y Geiselher os ruegan que no rehuséis. Siempre están muy tristes á causa de lo lejos que vivís.

» Brunequilda mi reina y todas sus damas, esperan con ansiedad veros, y en ello tendrán grandísima satisfacción.» Grande alegría causó esta noticia á la hermosa Crimilda.

Gere era primo suyo: el jefe lo hizo sentar; sin pérdida de tiempo distribuyeron bebidas á los huéspedes. Sigemundo, que había visto á los mensajeros, se acercó, y el rey dijo así á los de Borgoña:

«Bien venidos seáis, guerreros, hombres del rey Gunter. Desde que mi hijo Sigfrido tomó á Crimilda por esposa, debíamos haberos visto con más frecuencia por este país para que la amistad reinara entre nosotros.»

Ellos contestaron que si así lo quería vendrían con gusto y que la satisfacción haría olvidar el cansancio. Hicieron sentar á los mensajeros y les trajeron alimento. Sigfrido hizo dar á los huéspedes abundantes manjares.

Les fué preciso permanecer allí nueve días. Al fin los atrevidos guerreros se quejaron de no poder volver á su país. El rey Sigfrido había enviado á buscar á sus amigos.

Les dijo: «¿Qué debo hacer? ¿voy al Rhin?»

Gunter mi amigo y sus hermanos me convidan á una fiesta: yo iría con mucho gusto, si su país no estuviera tan distante.

»Ruegan á Crimilda que vaya también conmigo. Aconsejádme, amigos míos, ¿debo ir? Aunque tuviera que atravesar treinta reinos al frente de un ejército, la mano de Sigfrido los servirá bien hasta el fin.»

Así le contestaron sus guerreros: «Si piensas hacer el viaje para asistir á la fiesta, esto es lo que tienes que hacer: es necesario que lleves mil guerreros que vayan contigo al Rhin para que no parezcas desairado en Borgoña.»

Así dijo el rey Sigemundo del Niderland: «Si vas á la fiesta ¿por qué no me lo haces saber? Yo quiero ir contigo y llevaré cien héroes que aumenten los que tú llevas.»

«De que quieras venir conmigo, amado padre» le dijo el fuerte Sigfrido «estoy muy contento. Dentro de doce días saldré del país.» Á todos los que lo desearon dieron caballos y vestidos.

Teniendo intención de hacer el viaje el noble rey, despachó á los rápidos y buenos héroes. Hizo decir á los hermanos de su mujer, que vivían en el Rhin, que con mucho gusto acudiría á la fiesta.

Sigfrido y Crimilda, así lo hemos sabido, dieron tantos regalos á los mensajeros, que los caballos no podían con ellos; era un hombre muy rico.

Los mensajeros apresuraron su marcha para volver pronto. Gere, el distinguido héroe, llegó al país de Borgoña donde fué bien recibido: todos descendieron de los caballos y hacaneás, ante el salón de Gunter.

Las jóvenes y los viejos acudieron para saber noticias. Así dijo el buen caballero: «Lo que voy á decir al rey lo sabréis bien pronto.» Y se dirigió con sus compañeros á donde estaba Gunter.

El rey en su alegría abandonó el asiento y gracias le dió por su pronto regreso la hermosa Brunequilda. Así les preguntó á los mensajeros: «¿Cómo está Sigfrido, de quien he recibido tantas pruebas de cariño?»

El fuerte Gere respondió: «Se pusieron rojos de alegría él y vuestra hermana. Nunca un hombre envió á sus amigos palabras tan cordiales como las que á vos envían Sigfrido y su padre.»

La rica esposa del rey dijo al margrave: «Decidme, ¿cómo está Crimilda? Su hermoso cuerpo conserva los encantos que tanto llamaban la atención?» Él le respondió: «Ella vendrá en compañía de muchos héroes.»

Uta rogó á los mensajeros que fueran donde ella estaba. Hubieran podido adivinarse sus preguntas sin esperar lo que quería saber. «¿Está Crimilda buena? ¿cómo la habéis encontrado? ¿tardará muchos días en venir?»

No ocultaron nada en el palacio de lo que en trajes y oro les había dado Sigfrido y lo hicieron todo ver á los hombres de los tres príncipes. Mucho alabaron su generosidad.

«Para él», dijo Hagen, «hacer regalos no es cosa difícil; no podría disipar todo lo que tiene aunque viviera siempre. Bajo su real poder tiene el tesoro de los Nibelungos. ¡Oh! así en algún tiempo pueda venir á Borgoña!»

XIII

DE COMO FUERON Á LA FIESTA DE LA CORTE

Pero no nos ocupemos de todas estas tareas y digamos como la señora Crimilda con sus damas fué á las orillas del Rhin, desde el país de los Nibelungos. Nunca los caballos habían transportado tan hermosos vestidos.



Enviaron delante muchas bestias con los cofres. Sigfrido el valiente cabalgaba con sus amigos y también la reina, brillando en todos la alegría: después vinieron para su congoja muchos pesares.

Habían dejado en su país al hijo de Sigfrido y de Crimilda su esposa, pues no podía ser de otro modo. De aquella fiesta resultó para ellos grandísimo pesar; el niño no volvió á ver ni á su padre ni á su madre.

Con ellos caminaba también el poderoso rey Sigemundo. Si hubiera sabido lo que iba á suceder, no los hubiera acompañado á la fiesta: nunca pudo esperar tan gran desgracia para aquellos á quienes más quería.

Enviaron mensajeros para anunciar su llegada. Gran número de amigos de Uta y del rey Gunter salieron á su encuentro. El jefe se apresuraba para salir á recibir á sus huéspedes.

Fué á donde Brunequilda estaba sentada. «De la misma manera que mi hermana te recibió, no la recibirás tú cuando llegue al país?» «Lo haré con gusto», respondió ella, «pues les estoy muy agradecida.»

El poderoso rey continuó: «Llegan mañana temprano: si quieres recibirlos, es menester que nos apresuremos para que no lleguen á la ciudad antes de vernos: nunca he recibido á huésped á quien quiera tanto.»

Hé aquí que llega Sigfrido con su tropa de señores. Por todas partes en la llanura, se veía cabalgar á los héroes en numerosos grupos.

Cuando el jefe del país vió á Sigfrido y al rey Sigemundo, les dijo en tono afectuoso: «Seáis muy bien venidos por mí y por mis amigos; orgullosos y felices nos sentimos de vuestro viaje á nuestra corte.»

«Que Dios os lo recompense», dijo Sigemundo, aquel hombre honrado. «Desde que mi hijo Sigfrido se hizo vuestro amigo, tenía en el alma el deseo de conoceros.» El rey Gunter le respondió: «Esa alegría me ha sido otorgada.»

Sigfrido, según le correspondía, fué recibido con los más grandes honores; nadie lo quería mal. Grande actividad desplegaron Geiselher y Gernot; nunca huéspedes fueron recibidos de una manera tan cordial.

(CONTINUARÁ)

COLECCION DE TARJETAS POSTALES publicadas por la casa HERMENEGILDO MIRALLES



50 Escudos de provincias * 25 Artistas españolas * 25 Toreros * 25 «Hispania»